

alianza y presencia salvífica

• J. SEVERINO CROATTO, C. M.

La alianza ocupa en las tradiciones bíblicas un puesto central. Representa como la columna vertebral de la teología bíblica. Expresión dinámica de la "Heilsgeschichte" o historia salvífica, el concepto de alianza fue estudiado bajo muchos aspectos. Queremos destacar un tema de vital importancia, cual es el de la celebración litúrgica de la historia de la salvación en un ambiente de alianza. Estas consideraciones nos sitúan en lo más vivo y profundo de la teología bíblica.

* * *

En los pactos unilaterales —y ya no cabe dudar que las alianzas bíblicas sean tales— la situación del rey soberano no es la misma que la del vasallo. Aquél se proclama siempre el salvador de su amigo. Yahvé es el protector eficiente de Israel. Esta cualidad queda demostrada por las relaciones soteriológicas anteriores al pacto. "Yo soy Yahvé, tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de una casa de esclavos" (Ex 20:2b). La prehistoria salvífica aparece continuamente en primer plano. De esta conciencia emerge la teología del Dios de la misericordia, una nota esencial y característica del Dios de la alianza. La Biblia

ha acuñado un vocablo técnico para indicar las relaciones de alianza: "jésed" uno de cuyos sentidos parece ser el de "solidaridad", "lealtad" en las relaciones humanas. Pero es significativo constatar que en numerosas circunstancias, el mismo término aparece en paralelismo con otros que indican fuerza, poder y protección. Citemos, para no demorarnos, un texto que nos interesa directamente. En el Cántico del Mar introduce las maravillas de la travesía y posesión de la tierra con estas palabras: "Acaudillaste en tu *misericordia* al pueblo que redimiste; lo condujiste por tu *poder* hasta tu morada santa (la tierra prometida)" (Ex 15:13). Esta connotación dinámica de la idea de bondad salvífica cabe perfectamente en la concepción de Yahvé como Dios de la alianza. Mas, por el mismo hecho de ser poderoso y bueno, Yahvé es *fiel*. La fidelidad es la segunda nota fundamental del Dios de la alianza, que no resulta de un compromiso jurídico —impensable en esta categoría de pactos—, sino que fluye de la esencia misma de Yahvé, como rey poderoso y lleno de bondad. Es su inmensa riqueza de corazón la que asegura la continuidad de su presencia salvífica en la historia. Dios elige un plan salvífico y lo lleva a término. No es versátil ni cambiadizo, sino firme e inmutable en su voluntad bene-

* Del libro próximo a aparecer "Alianza y Esperanza Salvífica en la Biblia". Colección Hombre Nuevo. Ediciones Paulinas. Buenos Aires.

factora. El término hebreo para indicar la fidelidad —“emet”—, viene de una raíz que significa “estar firme”. Dios no se mueve en sus designios. Es claro, por lo mismo, que las gestas salvíficas (“prólogo histórico”) condicionan una seguridad en la protección futura. El estribillo del salmo 136 (“porque eterna es su bondad”) indica a las claras que la misericordia salvífica de Yahvé se prolonga a través de su fidelidad. El salmo 117 es una doxología litúrgica que no hace sino celebrar estas dos cualidades divinas:

“Alabad a Yahvé los pueblos todos / festejadlo todas las naciones; / porque fuerte se mostró su bondad sobre nosotros / y la fidelidad de Yahvé es eterna”.

La consideración de las acciones divinas debe provocar en el súbdito una respuesta de confianza. La letanía de los beneficios de Yahvé, cantada en los salmos de la historia de la salvación (78 - 105 - 106 - 114 - 135 - 136) expresa la adhesión de Israel al Dios que lo había elegido de antemano. La elección responde al gesto de gracia manifestada en las hazañas soteriológicas. Veremos que en el Nuevo Testamento el concepto de “gracia” hunde sus raíces en la teología de la alianza y de la historia de la salvación. Ahora bien, la opción que Israel hace de *ese* Dios y no otro, está apoyada en una absoluta confianza en su capacidad de proteger y salvar. Una característica de la actuación de Dios es la de condicionar la salvación futura a la confianza del hombre. Se la había exigido a Abraham y tras la respuesta positiva de éste, la promesa se continúa. Yahvé se muestra en la epopeya del éxodo, se proclama “el Dios de los Padres” (cf. Ex 3:6). Si la primera salvación es gratui-

ta, la segunda ya supone la fe del hombre. Por eso, la desconfianza es el pecado que más violencia hace a Dios; representa una ingratitud para con Yahvé-Salvador y suscita su ira. “Cuando Yahvé os hizo subir de Kades Barne, diciendo: “Subid y tomad posesión de la tierra que os doy”, fuisteis rebeldes a la palabra de Yahvé vuestro Dios; no tuvisteis confianza en El y no escuchásteis su voz” (Dt. 9:23).

La actitud correlativa a la confianza es la voluntad de escuchar la palabra de Dios, de atenerse a las cláusulas de la alianza. Justamente porque la intención de éstas no es sofocar y esclavizar a Israel, sino llevarlo a una salvación definitiva y superior. Las condiciones de la alianza indican la ruta nueva que debe seguir el pueblo para llegar seguramente a la meta de las promesas. Ahora bien, aquéllas son calificadas de “palabras de Dios”, según el léxico de los pactos de s beranía. El vasallo debe “oír” y por tanto “guardar” las palabras, para merecer la protección divina. “Si oís mi voz y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad entre todos los pueblos” (Ex 19:5). Con el mismo vocabulario se exhorta al pueblo, en la alianza de Moab, a escoger la vida y la bendición (Dt 30:16 ss.).

La teología de la “Palabra de Dios”, como se puede constatar, se elabora en gran parte en la reflexión sobre la alianza. La revelación divina, siempre en el orden del misterio salvador, se actualiza ya en la “palabra” dirigida a Abraham (Gn 12) y, más aún, será luego retrotraída hasta los primeros padres (Gn 1-3). Pero es el esquema de las alianzas con su insistencia en “las palabras”, el que permite captar toda la dimensión de esa realidad. A partir de las experiencias sal-

víficas del éxodo, de la travesía por Transjordania y de la posesión de la tierra, la "Palabra de Dios" cristaliza eminentemente en las cláusulas de las alianzas respectivas.

La Ley, por tanto, se apoya en la alianza y, a través de ésta, en la historia de la salvación. La Ley es revelación, porque descubre al Dios salvador; lo supone necesariamente, como se ha dicho tantas veces. La Ley es también una promesa. A partir de la alianza, Dios canaliza sus bendiciones a través de la fidelidad a su Palabra. La Ley no perturba, sino que "instruye". El término hebreo que nosotros traducimos por "ley", significa en realidad "instrucción". Y es notable que, a diferencia de las codificaciones orientales, la "tôrâ" o Ley bíblica aparece esencialmente fusionada en los relatos de la historia de la salvación. Esto quiere decir que los hebreos reflexionaron sobre sus instituciones jurídicas y sus obligaciones morales y sociales a la luz de las experiencias soteriológicas. A esto responde que la Biblia subraye la idea de la Ley como fuente de vida. El profeta Ezequiel va a afirmar en su momento que Yahvé se dio a conocer en la proeza del éxodo y que "los saqué de la tierra de Egipto y los conduje al desierto; les dí mis leyes y les dí a conocer mis decisiones, que son la vida para quien las cumple" (20: 10 s). La piedad hebrea, que tan diáfana y reverbera en los salmos, elogia repetidamente la Ley como camino de salvación y fuente de vida. Ver especialmente los Salmos 19:8-12 y 119. Este último himno se abre con una serie de "bienaventuranzas" para los que guardan la Palabra de Dios (cf. también Salmo 1:1). El Dios de la salvación futura es el mismo que había salvado antes de la

alianza. Confianza del hombre y fidelidad de Yahvé, son los hilos conductores que permiten la actualización histórica del Dios Salvador. No es otro el sentido de esta afirmación de los Salmos: "Todas las sendas de Yahvé son bondad y fidelidad para los que guardan su alianza y sus testimonios" (25:10). La misma promesa de la tierra y la prosperidad sobre ella dependen de la confianza y fe en Yahvé, expresadas en la observancia de las estipulaciones de la alianza. La bendición de Israel no deriva ya de las fuerzas de la naturaleza, como en las otras religiones, ni del equilibrio de los imperios, sino de su fidelidad al Dios fuerte y salvador de la Alianza. La condición de la naturaleza, los fenómenos de la vegetación y de la fecundidad, o sus opuestos, son interpretados en el plano histórico de las relaciones con Yahvé. Este Dios de la historia reemplaza y anula a los otros dioses. La misma posesión de la tierra es un don del Dios de la alianza. El Deuteronomio explotará increíblemente este tema. Pero las primeras alianzas bíblicas lo conocen y recuerdan a Israel que llegará a la tierra prometida solamente si es fiel a la Palabra de su Dios (cf. Ex 20:12: "honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años en la tierra que Yahvé, tu Dios, te da"; 23:22 ss. y 34:11; Jos 23:4 ss.). Señor absoluto, Yahvé es dueño de la tierra. También en las alianzas de soberanía se encuentra esta idea. En el convenio de Mursilis II con Niqmepa de Ugarit, aquél proclama, justamente después del prólogo histórico: "El país, en el que yo te instalé, y tú, Niqmepa, junto con tu país, sois mis vasallos (lit. "siervos"). Puede ser que la promesa de la tierra sea un elemento original del culto al

"Dios de los padres". Pero lo notable es que el término de las gestas salvíficas de Yahvé es la concentración de los grupos liberados en Canaán. Más aún, la protección divina en Transjordania y Canaán tiene por efecto inmediato la donación de la tierra. La "gracia" esencial que precede a la alianza se refiere a la tierra, a la independencia histórica de Israel. Este punto relaciona nuevamente las alianzas bíblicas con los pactos internacionales de soberanía, cuyos "prólogos históricos" aluden generalmente a las vicisitudes del pueblo vasallo. Pero cabe señalar que, si bien la liberación de un país extraño (Egipto) o la sumisión de una tierra prometida (Transjordania y Canaán) es un don que prepara la alianza, la *permanencia* en dicha tierra queda condicionada por la fidelidad a aquélla. O sea, que en la posesión del don queda siempre un "futuro", alcanzable sólo después de una respuesta de fe al Dios único de la salvación. El Deuteronomio se distingue por esta perspectiva, que tampoco es ajena al concepto mismo de la alianza. Por fin, la teología del "pueblo de Dios", sobre la que ya fijamos nuestra atención, se combina con el tema de la tierra prometida y entregada. Canaán es la "tierra de Yahvé", que la otorga a "su" pueblo. La fidelidad a la alianza y sobre todo la constancia en el primer mandamiento, núcleo de la Ley, es la única fuente de bendición y felicidad. Bendición que se expresa en realidades terrestres, pero que a través de ellas va a desembocar en la revelación exhaustiva de Cristo. Constatamos, por tanto, que la Ley de la alianza es un elemento positivo, inmensamente beneficioso para Israel. A través de ella, las promesas se continúan y realizan. Con justicia dirá

San Pablo que la Ley es un "pedagogo" hacia Cristo. El pedagogo era, entre los griegos, el esclavo que llevaba al niño a la escuela. La Ley lleva a Cristo (Gal 3:24). Pero la Ley no es sino una expresión de la alianza de Dios con los hombres. Alianza, Palabra de Dios y Pueblo de Dios, son las tres ideas maestras del Antiguo Testamento, que preparan el misterio de Cristo. Esas mismas ideas no son sino modos de expresar el sentido de la historia de la salvación y el proceso de la revelación de Dios.

RENOVACION DE LA ALIANZA Y PRESENCIA SALVIFICA

La celebración de las gestas soteriológicas del Dios de Israel lleva a la formación de los llamados "credos" o confesiones de fe israelitas, centrados sobre las ideas del éxodo y de la entrada en la tierra prometida a los padres. Tales son las profesiones de fe en Dt 6:20-24 (en el contexto de la alianza), 26:5b-9 (contexto de la ofrenda de las primicias de la tierra de la promesa) y de Jos 24:2b-13 (alianza de Siquem). Esta formulación querigmática de los "magnalia Dei" hace pensar inmediatamente en los discursos-esquemas de la tradición apostólica (Actos 2:22-36; 3:12-16; 4:8-12; 5:29-32; 10:34-43 y 13:23-41). Una expresión más suelta y dilatada de los mismos "credos" israelitas se encuentra en los Salmos que preferimos llamar "de la historia de la salvación", como ser, las letanías del salmo 136, o los salmos 78, 105, 106, (107), 114, sobre algunos de los cuales tendremos ocasión de volver. En el mismo sentido deben entenderse las parentesis actualizadas de Ex 19:3b-8 y Josué 23.

Ahora bien, como los "credos" y la "historia de la salvación" coinciden con el prólogo histórico de las alianzas, resulta patente que aquellas recordaciones cúl-ticas equivalían a una *renovación* de éstas. El texto ya citado del Dt 31:9 ss. insinúa que la alianza se renovaba anualmente en la fiesta de los "Tabernáculos" o, de una manera más solemne, cada siete años, durante el Año Jubilar. Pero no cabe dudar que toda celebración litúrgica (sobre todo en las grandes fiestas de peregrinación) en honor de "Yahvé", el "Dios de Israel" connotara una reflexión sobre el primer mandamiento y significara por lo mismo una reafirmación de los compromisos de la alianza.

No se trata, empero, de una mera renovación. Los hechos salvíficos, celebrados en el culto, eran re-actuados místéricamente. Se da en todas las religiones la concepción y la creencia de los mitos presencializados en el ritual, donde se los recita. Esto sucede de un modo peculiar en el gran festival del Año Nuevo, en el que se recita el drama de la Creación (combate del Dios principal contra el Caos primordial). La creación es actualizada en el momento presente. Ahora bien, en una línea no ya mítica, sino histórica (herencia propia de Israel) la recitación litúrgica de las gestas de Yahvé provoca su repetición actual. Israel vuelve a experimentar místéricamente la "actio Dei". La salvación se perpetúa en el presente. La "anámnesis" sacramental de la historia salvífica la prolonga a través de las generaciones que se atan a Yahvé por los sagrados vínculos de la alianza.

Un reflejo de la fenomenología religiosa que une el culto con la presencialización de los actos primordiales, apare-

ce en la Biblia cuando celebra la historia salvífica con el lenguaje de la Creación. El salmo 136 comienza festejando "al que hizo sabiamente los cielos; al que afirmó la tierra sobre las aguas" (vv. 5 ss.) para pasar inmediatamente a las gestas del éxodo y de la posesión de la tierra. El tema universal del combate contra el Caos es utilizado, en forma desmitologizada, en los himnos del Exodo 15, Hab 3, Salmo 74, 77, 89, etc. La historia de la salvación es una reedición del acto creador. Viceversa, la creación es el principio de la historia salvífica. Por eso la historia bíblica, centrada en la idea de la salvación, se abre con el relato de la Creación. El nuevo Testamento se cierra con la descripción apocalíptica de los nuevos cielos y de la nueva tierra. Creación y salvación llegan a ser sinónimos. La fórmula inscrita en el Arca de la Alianza, "Yahvé Sebaot" se refiere a ambos aspectos de la obra de Dios. Los "ejércitos" de los cielos pasan a significar los ejércitos de Israel, el pueblo salvado. En el Arca de la alianza reside el testimonio de las hazañas históricas de Yahvé. Allí se asienta la "gloria" de Dios. El concepto bíblico de "gloria" (*kabod* en hebreo) es sumamente denso y resume todo el plan de salvación. La "gloria" es la *dúnamis* fantástica concentrada en Dios, y que se despliega benéfica-mente en la creación y en la historia salvífica.

La renovación cultural de la alianza significa una aceptación del Dios creador-salvador. La respuesta humana al Dios que solicita —pero que lo hace después de haber salvado—, condiciona la continuidad de la presencia creadora y soteriológica de Dios en la historia de los hombres.

**PARA UNA CATEQUESIS
BIBLICA DE LA ALIANZA**

La idea de la alianza nos ha resultado inmensamente rica en contenido teológico y fértil en proyecciones espirituales. Aunque falta tratar un campo muy extenso, adelantamos aquí algunas reflexiones sobre el enfoque que se debe dar al Decálogo o a la "Ley" en general.

A muchos cristianos aquél aparece demasiado negativo o individualista, por lo menos demasiado exigente. El Decálogo, como toda la Ley, se inserta en el ambiente de la alianza. Esta, por su parte, expresa la intervención benévola y graciosa de Dios en la historia. La "Ley" no puede ser de esclavitud si viene del Dios que libera precisamente de una "casa de esclavos" (Ex 20:2). La aceptación de las cláusulas de la alianza es un reconocimiento de Dios como salvador y es un acto de entrega a la Palabra de Dios creadora y salvadora, portadora de un querigma de esperanza. La Palabra de Dios es considerada siempre como fuente

de vida. El salmo 19 equipara las obras de la creación y de la "Ley", y el 119 canta a ésta como misterio de vida y salvación (cf. también Actos 7:38, en el discurso de Esteban). La obediencia a la Palabra del Dios Fuerte y Salvador de la alianza condiciona la felicidad futura, la posesión de los bienes de la tierra y de otros más preciados. El Decálogo es una ley pascual, ligada indisolublemente a la gesta soteriológica del éxodo, recordada en la alianza. El pecado, por tanto, no es tanto una infracción cuanto una ruptura de la alianza y por lo mismo, un desamor (cf. Oseas 1-3 y Ez 16). El Decálogo no puede ser considerado como individualista. Las fórmulas aisladas insisten en la responsabilidad personal, pero su sitio en la alianza que forma a Israel como "pueblo de Dios", indican que tanto los israelitas como nosotros debemos operar nuestra salvación como "pueblo", como comunidad que se dirige a un destino salvífico, donde ha de encontrar al mismo Dios de la salvación antigua. ♦

COLECCION

HOMBRE NUEVO

dedicada a la difusión de los conocimientos teológicos.
*Trabajos originales de autores de
nuestro medio ambiente*

•
Alfredo Sáenz: Eucaristía, Sacramento de la Unidad.

Carlos M. Meharu: El Sacramento del perdón

J. Severino Croatto: Alianza y Experiencia Salvífica en la Biblia

EDICIONES PAULINAS